

MARCO ANTONIO CAMPOS. *La Academia de Letrán*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 2004 (Colección de Bolsillo, 23). 89 pp.

Tengo en la mano un libro rojo en octavo, se mira sobrio. Nada tiene que ver con Mao Tse-tung; es de mi entrañable amigo Marco Antonio Campos, poeta, novelista y creador de una prosa poética que pone a jugar incluso en sus ensayos eruditos, donde muestra a tirios y troyanos que el rigor académico no está reñido con la escritura de quilates, esto es, la que no sólo maneja la *techné*, o el arte, sino que está tocada por la locura de Musas. En el *Fedro* de Platón se lee: aquel que “llegare a las puertas de la poesía sin estar tocado de locura de Musas, confiado en que la técnica le bastará para ser poeta, es un fracasado [...], la poesía del perito palidece frente a la de quien está poseso de locura de Musas”.¹ Tal locura es propia de escritores con acudidos inesperados que nos sumergen en un baño de delicias. Sorprendidos, admiramos sus juegos lingüísticos que sobreponen normas: son la a-normalidad o locura que abre las puertas a nuevos estilos hasta que, convertidos en norma, las Letras llaman a otro loco agraciado por su preparación técnica y sus juegos sobrecoedores. Esta pasión de Marco Antonio me obliga a repetir el dictum de Stefan George divulgado por Hans-Georg Gadamer: “Yo, tú, la misma alma”.²

He leído el libro de ensayos en cuestión, que junto con otros de los libros debidos a Campos (su gran producción no es en demérito de la calidad), los cito, recito y me “fusilo” en mi introducción al posible volumen correspondiente a la literatura mexicana del siglo XIX. Esto dice también que en mi acción también se nota la empatía que he confesado.

¹ Platón. *Diálogos. Hippias Mayor, Ión, Fedro*. Introd. y trad. Juan García Bacca. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1965 (Nuestros Clásicos, 29). 108.

² *Poema y diálogo. Ensayos sobre los poetas alemanes más significativos del siglo XX*. Trad. Daniel Najmías y Juan Navarro. Barcelona: Editorial Gedisa, 1993 (Grupo “Literatura y Crítica Literaria”). 51.

Este libro rojo habla de los objetivos que tuvo la primera Academia de Letras, a saber, fundar una literatura nacional y ejercer la democracia en el incipiente Estado-nación. En 1836 sonaron las campanas a rebato: los mejores escritores del momento se propusieron escribir con un estilo personal arraigado en su Madre Tierra: “ser ellos mismos en un país que sintieran de ellos mismos” (7). La antigua Nueva España, “provincia autónoma” de América, eufemismo que escondía el coloniaje, ya era un cadáver. Algo nuevo estaba naciendo y algún día sus flores harían un ramillete, como se lee en la invitación que redactaron José María Lacunza y Guillermo Prieto para que Rodríguez Galván se integrara a los académicos que convivieron en las proximidades del actual Eje Central: “A la voz de los cantos y dolores / Nuestra alma en muda comunión responde; / Si hay mérito tímido se esconde, / La gloria un día le coronará de flores” (33).

El Año Nuevo y *El Recreo de las Familias*, principales órganos de difusión de tales académicos, joyas editoriales, agasajos para la vista, oído y entendimiento, marcaron el rumbo a las revistas posteriores. Fueron ventanas para airear la creatividad y unos “escaparates” de costumbres, paisajes y cosmovisiones de la romántica etapa fundacional de México como nación, sin que sus autores cayeran, con excepción de Eulalio María Ortega, en los suicidas chauvinismo y xenofobia. Su movimiento centrípeto lo acompañaron con otro centrífugo: el grupo laterano se alimentó con la literatura de allende y aquende el Atlántico, con la española, francesa, estadounidense, inglesa, latina e italiana; José Joaquín Pesado y Manuel Carpio, con la hebrea. En sus procesos de aprendizaje, hicieron paráfrasis y traducciones.

Los movimientos hacia lo “identitario” de estos escritores significaron, para su tiempo, un excepcional sentido histórico: se ocuparon de un supuesto mundo prehispánico que habían heredado: cumplían la deuda con sus antepasados que, adicionalmente, les facilitaba negociar en el panorama internacional como país con una personalidad diferenciada. Asimismo, reconocieron que su lengua era el español en su forma dialectal mexicana.

Avecillas libertarias que comenzaron a volar, en decir de José Zorrilla reproducido por Campos, hasta llegar al mítico Edén, ¿o acaso Platón no afirma que ante la belleza el alma se empluma? En sus obras convivieron el hispanismo y el clasicismo con cierto anti-hispanismo, lo último porque algunos lateranos, recién independizados, mostraron el hartazgo que dejó la dominación metropolitana bajo la cruz, la espada y el mosquete. Pero ¿quiénes eran los segregados pueblos originarios hacia los cuales volvieron la mirada? Sabían tan poco de aquellas culturas silenciadas, que los escritores académicos, influenciados por Chateaubriand, escribieron sobre fantasiosos “indios”, los buenos salvajes de la mítica Edad de Oro. No, aquel grupo nunca hizo un rescate arqueológico y etnológico; pero abrió camino, al centrar la vista en una dirección hasta entonces en brumas.

También a los lateranos agotaba el menosprecio de quienes habían asimilado la prédica contumaz respecto a la inferioridad de los mexicanos, es decir, la baja autoestima que mostraban los nacidos en el Planeta Oveja, según acudido lizardiano. Incapaces de combatir los intentos de reconquista o conquista: “guerra a los galos”, a su “soberbia y poderío” (10-11) porque quisieron someterlos con la ridícula y falaz excusa de unos pasteles.

Los hombres que se unieron en la Academia de Letrán (cerca de la que después fue Avenida del mismo nombre) formaron un nos-otros heterogéneo con nombres y apellidos sonoros. Fueron “prez” y gala de la literatura: Bernardo Couto y el Conde de la Cortina, Quintana Roo, Rodríguez Galván, Guillermo Prieto, Fernando Calderón, Ignacio Ramírez (quien adelantó la aniquilación de la onto-teología, que atribuimos a Heidegger, aunque Prieto e Ignacio Manuel Altamirano sólo calificaron a Ramírez como un iconoclasta no constructivo), Manuel Payno, Orozco y Berra, Pesado y Carpio, por citar sólo unos miembros. Juntándose pensadores laicos y católicos abrieron las puertas a la literatura y a la idiosincrasia que duró toda la centuria decimonónica.

Marco Antonio Campos se detiene en las tertulias literarias de Francisco Ortega, paralelas a las de quienes se reunían en el cuarto destartado de José María Lacunza en el mencionada Academia. Eran pobres: el banquete de instalación (11 de junio) fue una piña en rebanadas. Esporádicamente llegaba a la casa de Ortega el reconocido joven proclive a la acidez, aunque sobre aviso no hay engaño, sus seudónimos fueron “Malaespina” y “Bienpica”, o sea Martínez de Castro.

Marco Antonio estudia la vida, las creencias, las obras y los retratos de los jóvenes, algunos adolescentes, hasta el “viejo”, según apreciaciones de aquel ayer, Quintana Roo (tenía 46 años), presidente vitalicio de los osados y perseverantes, o jugadores y bohemios lateranos. Por ejemplo, al dramaturgo Fernando Calderón (quien según sus críticos se escapó hasta la Edad Media e imaginó sus tramas en andurriales europeos para criticar a López de Santa-Anna) por ser gordo y chaparro, le quedó de maravillas el disfraz carnavalesco de Sancho Panza y al espigado Rodríguez Galván, el de Don Quijote.

Campos se extiende a las recepciones de las producciones “académicas”, desde las que hubo entonces hasta las contemporáneas de María del Carmen Ruiz Castañeda, Fernando Tola de Habich, Emmanuel Carballo y José Emilio Pacheco, entre otros.

Las formas de trabajo de las reuniones lateranas eran dialógicas y, tras la lectura de textos, críticas y autocríticas. El cubano José María de Heredia, gran poeta, cazaba gazapos. Después el atractivo y repelente (en apreciaciones de Marco Antonio) Conde de la Cortina, en *El Zurriago Literario*, dio nacimiento a la sistemática crítica literaria en México, aunque daba coscorrónes a los escritores con el *Diccionario de la Real Academia* y con los mamotretos de

preceptiva, y esto porque, desde la visión de lo castizo, se opuso a los “dislates” de Musas o chifladuras de los románticos. Gómez de la Cortina fue un cirujano que mató la creatividad de algunos poetas noveles, pero también curó las enfermedades literarias de otros.

Nuestro Sherlock Holmes, digo, Marco Antonio Campos, se ocupa además de la caída o decadencia de la primera Academia de Letrán: si sus mejores años fueron de 1836 a 1838, Payno registra su caída en 1842. En la década de los cuarenta se terminaron los días más felices de su vida, declaró. La Academia desapareció en 1846. Prieto atribuye este hecho al lamentable horror de la política, que, por ejemplo, absorbió a Pesado en 1838, durante el gobierno de Anastasio Bustamante, en el cargo de ministro del Interior. Payno no perdonó la metamorfosis de Pesado: mutó de católico liberal a pragmático conservador. La Academia de Letrán dio su último suspiro habiendo reunido tres generaciones: la de Quintana Roo y Ortega; la de Carpio y Pesado, y la que va desde José María Lacunza y Fernando Calderón hasta Rodríguez Galván, Prieto, Larrañaga, Navarro, Ramírez y Payno.

En el último capítulo, previo a la Bibliografía, titulado “Qué fue de las verduras y las eras”, Campos es presa de la melancolía: a lo largo de la historia, la vida literaria se llena de sombras, lo que aplica como anillo al dedo a los lateranos, quienes, en el tránsito de la oralidad a la escritura, usaron como medio expresivo los desechables periódicos, los folletos y las revistas, medios económicos que se adecuaban a los alcances económicos de la población y al rato de ocio que dedicaron los lectores y escuchas de antaño. Para colmo, los críticos e investigadores “esquematizan”, “catalogan”, “des-vertebran” obras, sacándolas de su circunstancia. El reclamo del autor de este libro rojo es que se rescaten los amados académicos en estudios serios y en ediciones anotadas. En contrario, seremos “injustos con México, con nuestra historia literaria y con nosotros mismos” (81).

Sí, Marco Antonio, como dijo otro poseso de Musas: “—Ya se oyen palabras viejas. —Pues aguzad las orejas”.³ También las nuevas, como las que entrega Marco Antonio, exigen poner atención para disfrutar cómo adereza su amor a las Letras con su locura de Musas.

MARÍA ROSA PALAZÓN MAYORAL
Centro de Estudios Literarios
Instituto de Investigaciones Filológicas

³ Antonio Machado, “Proverbios y cantares” XLI en *Poesías completas*. México: Editores Mexicanos Unidos, 1981, p. 250.